

## Algo más que la campaña del silencio

Otro aspecto, además de los que iríamos descubriendo, vamos a comentar otra vez, en esto que se da en llamar la campaña del Silencio. En otro número de Ancora se decía que esta campaña podía llevar aparejada en ciertos casos, algo así como una especie de elegancia, de respeto mutuo. Y de aquel comentario se desprendía de que los autores eran conductores de coche y peatones.

Considerando otro caso que vamos a explicar, aquel aspecto comentado la semana pasada era la cara, el anverso de la cuestión. Ahora, le toca el reverso, la cruz. En ésta, hay la efigie de un motorista. Un motorista de estos que se creen los chulos de la calle, porque en llegando a la ciudad le dan al acelerador, atronan el espacio con el estrépito del tubo de escape de su moto, y saltándose a la torera el respeto ciudadano y el código de circulación irrumpen por la calzada ostentando con jactancia su paso motorizado, como si nos perdonaran la vida a los demás. Y no digamos si además llevan a una señorita sentada en el sillín de detrás. Entonces la odisea es de esa palabra que ha arraigado tanto en el léxico de cierta clase social: odisea de machote.

Si se les mandara silencio en todas partes, no solamente en las grandes ciudades, quizá ganaríamos algo en este aspecto de chulería.

Porque sin el ruido estrepitoso de estas motos, sus conductores se verían desarmados.

Es el ruido que les hace parecer algo superior a los demás. Su paso se evidencia por el estrépito, no por su supremacía, que si la tuvieran, no se lanzarían a morir como desgraciadamente ocurre muchas veces.

Cerramos ya el capítulo de la Fiesta Mayor, en la que, exceptuando los toros, hubo de todo. Especialmente toreros de esos de nuevo cuño que suenan a pandeleta y que despiertan las ansias cascabeleras de esas inglesitas que se arriman a un novio que tenga de cambial los ocho días vista.

No hubo toros, ni hubo fútbol. Y es que no repuestos todavía del golpe bajo, bajísimo, que nos asestó el Inglés, la convalecencia de nuestro Club no ha sido aun superada. De todos modos una Fiesta sin fútbol es, para los buenos aficionados que en nuestra ciudad no pasan del centenar, lo mismo que una paella sin arroz.

Pero si bien no tuvimos toros ni fútbol, impávidos aguantamos el tiroteo que se armó en el Paseo del Mar a cargo de una potente y ruidosa división de cazaplatos. Los petardos de San Juan quedaron hecho pura filfa. Suerte que el desembarco de platillos volantes en nuestra playa no duró más que un par de días, finidos los cuales nuestras baterías costeras fueron reducidas a la veda.

Equívoca y dañina es toda opinión de los que a pies juntillas siguen admitiendo que la gente para divertirse precisa de mucho ruido. ¿Desde cuando una fábrica de clavos pudo ser considerada como antesala del cielo?

Nuestro Paseo del Mar lo estamos malbaratando sin darnos cuenta. Así, a grosso modo contamos ya cinco o seis las máquinas de hacer ruido.

Cuando las capitales, buscan afanosa-

---

O a matar, que entonces el aspecto es muy otro. Si ellos quieren ignorar que el hombre contrae ciertas obligaciones por el sólo hecho providencial de vivir, allá ellos los motoristas. Que busquen la muerte por capricho o se jueguen la vida por imprudencia. Aunque el hecho de sucumbir por el ansia de correr desenfrenadamente, por jactancia, carece absolutamente de lógica, de sentido común. Pero a matar no, porque la vida de los demás no les pertenece de ninguna manera.

Esto es indisoluble. Y no obstante, así parece ser cuando bastantes de ellos pasan por nuestras calles arrinconándonos precipitadamente ante su estrepitosa cercanía.

Por esto sería quizá útil probar de establecer la ley del silencio en las motos. Probablemente ocurriría lo que a aquel hercúleo personaje bíblico que según se cuenta, después de desposeerle de su cabellera se quedó sin fuerza. Y las motos se quedarían también sin fuerza si a lo mejor se las desposeyera del ruido estrepitoso con el cual nos obsequian cada vez más. Probemos.

mente la forma y método de eliminarlos, resulta que aquí el solaz que a la gente brindamos es precisamente todo lo contrario.

Por ser nexo de carreteras y arteria umbilical de la ciudad, nuestro Paseo del Mar ha de ser ya, por desgracia, paso único obligado para toda clase de vehículos y carruajes. Y como tampoco disponemos hasta la fecha de otros espacios adecuados, nos vemos todavía en la precisión de utilizar los márgenes de su calzada para aparcamiento de automóviles. ¿Dónde iremos, al paso que vamos, a pasear muy prontamente los guixolenses?

Y ya que de tráfico hablamos, séanos permitido escribir un par de líneas sobre las nuevas, montañas rusas instaladas en el piso de su calzada como una nueva atracción que ofrecemos al turista este verano.

La colocación del bordillo indica que muy pronto va a convertirse en realidad el regado asfáltico de dicho piso. Pero mientras tanto, debería repetirse día si día también la operación cataplasma de mediados de julio, aunque solo fuera por aguantar el dolor hasta que nos saquen la muela.

El tiempo, aunque mucho mejor que el pasado año, no ha tenido tampoco con nuestra Fiesta demasiados miramientos. A lo que, como es natural, hay que añadir la pantomima del alumbrado.

Las cosas a veces ocurren como para volvernos locos. Cuando no llueve hay restricciones y cuando llueve tampoco hay luz. Total, que más de media vida nos la pasamos a oscuras. Porque tampoco hay que descuidar que en los días de mayor agobio también se acaban hasta las cerillas.

Y ya que de luz hablamos, reiteramos una vez más al Magnífico y a sus colaboradores nuestra felicitación por la gracia y acierto con que ha sido iluminada la rambla Vidal, otorgándole uno de los atributos que echaba muy de menos tan importante arteria urbana. Hay que ver lo que hemos presumido gracias a esta mejora.

Con el remozamiento de los viejos e instalación de nuevos y suntuosos establecimientos, la Rambla Vidal recupera el señorío y empaque que deben de tener las principales vías en las ciudades turísticas. Solo falta ahora que la Compañía Telefónica, aparte de las líneas que debe ampliar especialmente con Barcelona, se decida a remozar por lo menos la fachada de su edificio porque, realmente, resulta anacrónica y ridícula.

¿Se dará pronto este milagro?